

DOCTRINA DE FE, DOCTRINA DE JUVENTUD⁴⁰

El distinguido publicista español Dr. Gregorio Marañón, en su respuesta autógrafa a la Biblioteca Nacional, nos ha dado la razón a los que creemos que llega un momento en la historia de las revoluciones, en que es preciso hacer aceptar por la persuasión, los principios que en anteriores etapas fue necesario imponer por la fuerza.

“La revolución —dice él— es sólo “compresión” de cosas que antes no se comprendían por una masa grande de ciudadanos”.

Y para dejar mejor precisado su pensamiento, agrega que una revolución sólo puede llegar a ser útil cuando su doctrina de juventud, de creencia en un porvenir que ha de superar en todo y por todo al presente, es aceptada por una fuerte mayoría que plenamente la comprenda.

Es indudable, en efecto, que un movimiento revolucionario sólo puede hacer obra en verdad creadora, labor intensa de renovación de las cosas y de los espíritus, en el caso de que para ello cuente con la cooperación consciente y entusiasta de todo lo que en la colectividad signifique fuerza de pensamiento y de acción.

De ahí la necesidad de atraerse a un número cada vez mayor de voluntades, de ensanchar cada vez más el círculo de los adeptos y de los correligionarios, hasta conseguir que la Revolución, al principio representada por una minoría que con esfuerzo se abría paso en medio de las mayores resistencias, vaya adquiriendo, cada vez con más verdad, los caracteres y la fuerza de una mayoría constantemente fortalecida en calidad y en número, en cuyo seno acaben por disolverse las oposiciones peligrosas o nocivas, y en la que queden englobadas las mejores capacidades y las más valiosas energías del país.

Conceptuamos, por eso, no sólo benéfica, sino trascendental en grado sumo, la labor que puede y debe desarrollarse por medio de la gran prensa —factor el más poderoso de la difusión de las ideas en los tiempos que

⁴⁰ *El Universal*, 25 de febrero de 1931.

corren—, a efecto de propagar y hacer simpáticas a todos, las ideas motrices y las tendencias básicas de la Revolución.

Sólo la gran prensa puede realizar ese DESIDERATUM, puesto que sólo ella dispone de la clientela que se necesita: no sólo de revolucionarios ya convencidos, sino de moderados, de indecisos, de neutrales y de vacilantes, a los que hace falta convencer.

Hasta allí, hasta esa zona neutra o hasta cierto punto refractaria, es preciso que llegue la siembra de ideas, para que la Revolución cierre su ciclo y lo complete.

Pero si, no conformes con este aspecto de las cosas, queremos ahondar un poco más en el proceso íntimo de las revoluciones, nos encontraremos con que ellas, por sí solas, son incapaces de edificar o de construir. Ellas cumplen su misión destruyendo, echando abajo el régimen o las instituciones que estorbaban para el progreso; abren el camino y lo dejan expedito para nuevas tendencias y para nuevas empresas; pero ellas no son en sí mismas la obra de creación. Preparan, sí, ésta; la hacen posible, la desembarazan de obstáculos; pero la consumación de la empresa final está reservada a otros métodos, y las más de las veces, a otros hombres y a otras aptitudes.

Así es como pudo decir Víctor Hugo, con tanta profundidad como brillantez y precesión: “Las revoluciones nada crean, son la explosión del calórico latente, y nada más. Una revolución es la larva de una civilización...”

¡La larva de una civilización! Concepto que todo lo aclara para el que quiere asomarse con sinceridad, sin prejuicios malévolos y sin utopías estorbosas, al proceso o al modo de funcionamiento de las revoluciones.

En esa larva, en eso confuso conglomerado de gérmenes vitales, se encierran posibilidades y limitantes, virtualidades estupendas de progreso y de transformación. De allí pueden surgir nuevas formas de existencias, estructuras sociales ignoradas; quizá nuevos hombres y nuevos mundos.

Pero también —no hay que olvidarlo—, si en ese campo de cultivo fértil den frutos no hay manos no aptas para fecundarlo y hacerlo producir, puede suceder que esos gérmenes de vida, que esos brotes de energía creadora no lleguen a madurar; y si, por el contrario se detengan en su desarrollo se marchiten o se mal logren. Todo se vuelve entonces problema de aptitud, de eficiencia o de perseverancia.

Quiero decir que para llegar al éxito habrá que alejarse de dos extremos, censurables el uno como el otro: ni hay que abandonarse a un optimismo ciego, irrazonado, que sólo tenga ojos y oídos para lo agradable, y que,

engolosinado con fáciles victorias llegue a suponer que nada falta por hacer; ni hay que ser víctima de un pesimismo enervante y suicida, que sólo contemple los lados oscuros de las cosas, que carezca de la visión del futuro y que a fuerza de maldecir del presente tienda los ojos al pasado.

Ni detenerse a medio camino, ni estancarse en la voluptuosidad de la posesión, ni menos dar el temido paso atrás. Aspirar, por el contrario a la conquista de un porvenir mejor que el presente, y poner en acción, para alcanzarlo, una juventud que no se marchite y un entusiasmo que no sufra eclipses ni intermitencias.

Así lo quieren, con nosotros los revolucionarios que no desmayamos los hombres que de lejos, desde el Viejo Mundo, como Marañón, observan nuestros pasos.

Cuántos pensadores europeos correspondieron a la invitación que les hizo nuestra Biblioteca para dar su opinión sobre México, coinciden en un punto: fijan sus miradas en el porvenir y a él se le acogen, de preferencia al presente. No es que este nos subyugue su atención y no atraiga su interés; pero ellos, conocedores de los pequeños y de los grandes secretos de la Historia, comprenden muy bien que es el porvenir el que encierra las realizaciones definitivas, que él es el que dará las máximas sorpresas, y que de él también han de quedar eliminadas las actitudes incongruentes, las lacras bochomosas y las prevaricaciones inconfesables.

“Yo creo en el porvenir de México”, expresa Américo Castro con la fe de una juventud que nada se parece a la senilidad precoz de los escépticos y de los negadores.

“Me asombro pensando en lo que puede llegar a ser”, exclama, en un arranque de hermosa ingenuidad, Bernard Shaw, joven también por la fe y por el entusiasmo.

“...Doctrina juvenil que avizore el futuro, lo descubra y lo comprenda”, nos dice el doctor Marañón.

A ese interés, a esa ansiedad del mundo europeo, expresada por el conducto de sus hombres representativos, se encargará de contestar el Nuevo Mundo, la raza indolatina, con los grandes hechos que, llegada la vez, habrá de realizar.

Por ahora, privados todavía de bagaje intelectual y de prestigio científico, sin grandes conquistas definitivas que poder ofrecer—puesto que entre nosotros todo es embrionario—, podríamos quizá los latinoamericanos formular, por lo menos, nuestro programa y los postulados que nos proponemos convertir en vida y realidad.

Solidaridad amplísima, en vez de individualismo estrecho; apoyo mutuo entre los humanos, en vez de la guerra de todos contra todos; fraternidad por el ejido y por el sindicato, en vez de esclavitud y opresión por la tarifa y por el monopolio.

Si algo hay medular en nuestra Revolución, si algo sobrevive por encima de todos los desaciertos, es nuestra protesta, es nuestra reacción vigorosa y perfectamente razonada contra los excesos y contra las extralimitaciones del individualismo de origen europeo, llevado hasta sus últimas consecuencias por los países de tipo sajón.

Por eso tenemos el derecho de reprochar a Europa y a Norte América sus extravíos, sus paradojas y sus aberraciones; su midaismo, que convierte en oro todo lo que toca; su manía de la máquina y de la producción “a outrance”, que a unos pocos enriquece y arroja a las multitudes a la desesperación y a la miseria; la competencia mercantil llevada al paroxismo, que produce las hecatombes mundiales y las crisis económicas generadoras de ejércitos de hambrientos. Censuramos también la exaltación del industrialismo y el abuso de la concentración urbana, con olvido o con desprecio de la vida campestre y de la producción agrícola; no aceptamos el abandono del campo para congestionar las ciudades. Censuramos la mecanización y la estandarización de todas las actividades, reaccionamos y reaccionaremos contra el predominio de los intereses materiales, y reclamamos por que se restaure el culto al heroísmo, a la probidad y al desinterés. No estamos de acuerdo en que se rinda exclusivo homenaje a “la razón razonante”, a la manía de analizar y de clasificar, y en cambio se eche en olvido la intuición y se desprecien el espíritu, el sentido moral y los valores éticos que engrandecen la vida, la elevan y la justifican.

Nuestra ideología, nuestra ideación son y tienen que ser embrionarias, como que se encuentran en estado de boceto; pero nuestra voluntad es firme y nuestros propósitos definidos. Nos oponemos al triunfo brutal de la materia sobre el espíritu, del egoísmo sobre el talento y la virtud, de la fuerza sobre el derecho, de la religión del dólar sobre la religión de la fraternidad.

En vez de “homo homini lupus” (el hombre conduciéndose como un lobo con el hombre), la siniestra máxima y la realizada profecía de Hobbes, esgrimimos la fórmula y el programa de Cristo: el hombre concebido como el mejor amigo del hombre; el hombre siendo para el hombre un prójimo, un semejante y un hermano.

Programa que tardará siglos en cumplirse pero que la joven América y el México revolucionario hacen suyo con el espíritu, con la voluntad y con la inteligencia. Lo hacen suyo, en espíritu y en verdad.